

LA TRADICION CATOLICA

(Homilía predicada por el P. Joaquín María Alonso, C. M. F., en la Misa de la fiesta del Pilar de 1981, en la XX Reunión de amigos de la Ciudad Católica)

Hermanos, amigos de la Ciudad Católica:

Celebramos hoy la festividad de Nuestra Señora del Pilar, Patrona de España. Esto nos invita, nos llama, pienso, a un revivir intensamente, por unos minutos siquiera, una de las tradiciones fundamentales de nuestra Patria: LA RELIGIOSIDAD MARIANA DE ESPAÑA.

Pero, ante todo, ¿qué es lo que encierra esta noble palabra de «Tradición», tan abusivamente empleada por tirios y troyanos? Y, ¿por qué la historia de España se vincula tan esencialmente a nuestra tradición católica?

No os preocupéis; que no me voy a embarcar, ahora y aquí, en una de esas vuestras largas y hermosas navegaciones de estos días...

«Tradición» puede ser entendida en el ámbito natural de la historia profana; y en el marco religioso-católico. Yo quiero referirme únicamente a este último. Y puede ser entendida materialmente y aún diría en su dimensión «estática», como un depósito sagrado de creencias y costumbres, que unas generaciones reciben y que transmiten incólumes a las siguientes. En esta línea de pensamiento se fijaban unas palabras célebres del «Commonitorium» de San Vicente de Lerins; en el siglo V, cuando decía: «A todos los que he preguntado sobre la vía a seguir para tener algo cierto y seguro para discernir la verdad de la fe católica de la falsedad herética, he obtenido esta respuesta: fortalecer su fe de dos maneras: primero, con la autoridad de la Ley divina; segundo, con la autoridad de la tradición de la Iglesia católica... Pero, a su vez, en la misma Iglesia Católica, importa en gran manera que sosten-gamos lo que ha sido creído en todas partes, siempre y por todos: «quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est»... Tres palabras, todavía, fijaban así el pensamiento de este gran tes-tigo de la tradición: «universitatem, antiquitatem, consensionem».

Y la regla moral inflexible de la conducta católica queda fijada

en estas otras memorables palabras: «Anunciar algo a los cristianos católicos fuera de lo que recibieron, nunca estuvo permitido, nunca lo está, nunca lo estará. Y, anatematizar a aquellos que anuncian algo fuera de lo normal de lo que una vez fue recibido, siempre fue necesario, siempre lo es, siempre lo será».

La tradición católica no tiene un origen, ni meramente humano, ni puramente histórico. Ni hunde sus raíces en vagas leyendas de otros tiempos. Su origen y su fuente son apostólicos: «Retened, decía San Pablo, las tradiciones que recibisteis de mí, o de palabra, o por escrito» (2 Tes. 2, 14). Porque, decía en otro lugar, «yo os he comunicado lo que recibía del Señor» (1 Cor. 11, 23). El carisma apostólico se funda, pues, definitivamente, en Cristo Verbo del Padre. La tradición católica tiene, por tanto, un inicio —y respecto del Antiguo Testamento—, una consumación, en Aquel por quien nos habló últimamente el Padre, después de haberlo hecho muchas veces y de muchas maneras, por los profetas (Hbr. 1, 2). Y de ahí parte, como un gran legado de familia entregado a la Iglesia, no como un «hallazgo» («inventum», dice el Concilio Vaticano I) filosófico, sino como una autoentrega, sobre la que la Iglesia sólo puede ejercer una administración, y ni siquiera un dominio despótico.

Pero sería un error notable de visión valorar esa noble palabra, desde un ángulo puramente horizontal y estático, de un «depósito» mostrenco y anquilosado, que habría que conservar a ultranza como una joya-relicario de familia. Ya el mismo Cristo nos advertía que evitáramos la hipocresía farisaica de quienes, por conservar las tradiciones viejas, no dudan en transgredir los mandamientos de Dios (Mc. 7, 7-8). Porque, en la historia de los dogmas, el gran teólogo de la tradición, San Ireneo, a finales del siglo II, decía que, «aunque existieran muchas y diversas lenguas esparcidas por toda la tierra, pero la «fuerza» («virtus») de la tradición es siempre la misma y única. Y nos proponía la incomparable metáfora del vaso que contiene la tradición, y a la que el Espíritu mantiene siempre joven, haciendo rejuvenecer el vaso mismo que la contiene (Adv. Haer). San Agustín añadiría sus magníficos tópicos sobre aquella agua que nace del costado de Cristo e, introducida en el corazón del cristiano, va saltando, cantarina y alegre, hasta la vida eterna.

Más tarde, cuando en el siglo pasado, todo se vuelve evolución y vitalismo, el eminente cardenal Newman habría de actualizar este concepto de tradición católica viva, como un organismo que se renueva sin perder su identidad, hablando de «evolución homóloga» del dogma católico.

Tradición, pues, no es algo así como un tabú intocable que se

transmite al futuro. Y, en el orden vivo de la doctrina, tiene ineluctablemente que seguir la marcha inexorable de la historia. Sólo que la tradición católica puede atravesar todas las fluctuaciones de los siglos, porque está animada por el carisma del espíritu de Verdad. ¡Ojalá que los Padres del Concilio Vaticano II hubieran seguido a la letra aquellas palabras solemnes pronunciadas por Juan XXIII, en el discurso de apertura: «el Concilio quiere transmitir, pura e integra la doctrina, sin atenuaciones o revestimientos; la cual, a lo largo de veinte siglos, no obstante las dificultades y los contrastes, ha venido a ser patrimonio común de los hombres... Nuestro deber no es solamente el custodiar este tesoro precioso, como si nos preocupáramos únicamente de su antigüedad; sino de dedicarnos, con voluntad alegre y sin temor a esta obra que nuestra edad exige, prosiguiendo en el camino que la Iglesia cumple hace veinte siglos».

Pero, decíamos, que el Pilar es, para España, todo un símbolo de sus tradiciones y esencias seculares. No importa que se trate de una piadosa tradición en la que confesamos que María Santísima vino en carne mortal a Zaragoza... Aquel gran romántico alemán, el poeta Novalis, decía que la mejor historia florece siempre en la leyenda.

Y el Pilar sagrado, con «Santiago y cierra España» nos devuelve a las esencias fundamentales del ser nacional de España, que es algo muy superior y transcendente a ese mito desnaturalizado y arbitrario del fementido «nacional-catolicismo». España, o es eso, una tradición viva católica, o, en la intención divina, es un fracaso imponente del Dios de la Historia. El Pilar, con su Columna inmovible, nos da la firmeza de nuestra fe secular. El río Ebro, el de la valiente jota, nos habla del fluir del tiempo que pasa, aunque nunca en un devaneo heracliteo y orteguiano. Depósito inmovible de nuestra fe y fluir constante de los sucesos de nuestra atormentada historia son las dos coordenadas que conjugan nuestro quehacer en nuestra vida de españoles.

Que la Virgen María, desde su Columna del Pilar, nos guarde inamovible el tesoro de nuestra fe católica. Y que esta fe sea, al mismo tiempo, como nuestros ríos ibéricos, un ir sorbiendo, ola a ola, todo el caudal del tiempo hasta llegar al mar de Dios. Así sea.